

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios hace preguntas
(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Génesis 3:1-13

“¿Dónde estás tú?”

Las primeras páginas de la Biblia describen cómo Dios creó la tierra y la diseñó como hábitat para el hombre. Él podría haberse bastado a sí mismo, pero su decisión estaba tomada desde la eternidad: “Hagamos al hombre” ... (Gn. 1:26,27; Ef. 1:4). La comunión con nosotros forma parte de la esencia del Dios trino. Una y otra vez toma la iniciativa y busca la comunicación con sus humanos. Dios pregunta y espera una respuesta.

“¿Dónde estás tú?”, le pregunta a Adán. Él había comido del fruto del árbol prohibido, había reconocido su culpa y su desnudez y había querido esconderse de Dios, impulsado por la vergüenza y su mala conciencia. “Desde Adán y Eva” los seres humanos se sienten culpables e intentan ocultar la desnudez de su pecaminosidad ante sí mismos, ante los demás y ante Dios. Pero esto no sirve de nada. El intento no solo es inútil, sino también dañino. Nada se oculta al Creador omnisciente: “¿Podrá el hombre hallar un escondite donde yo no pueda encontrarlo?, afirma el Señor” (Jer. 23:24 NVI). Y: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia” (Pr. 28:13; lea Sal. 32:1-5; 1.Jn. 1:8,9).

¡Qué terrible sería, si realmente pudiéramos escondernos de Dios con nuestra culpa! Porque solo Él puede redimirnos de ella. Solo la verdad nos hace libres y felices (Sal. 51:1-14) La experiencia de que Dios nos perdona nuestras culpas por amor a Jesús, fortalece nuestro amor por nuestro Dios Salvador, nos hace humildes y pacientes con los demás.

Hoy quiero dejar que Dios me pregunte: “¿Dónde estás tú?” Puedo reconocer mi “ubicación” interior e incluir a Dios en toda mi vida, ya sea en la culpa o en las preocupaciones, en la ira o en la felicidad.



Día 2

Génesis 4:1-12

“¿Dónde está tu hermano?”

La primera pregunta que Dios le hizo a Caín fue: “¿Por qué estás enojado?” (v.6) Él siempre sabe lo que hay en nuestro corazón (comp. Sal. 139:1,2; Jer. 17:10). La ira tiene sus motivos. Caín habría deseado ser visto por Dios así como su hermano. No hay nada malo en este deseo. Pero Caín culpa a Abel de que no se le conceda su deseo. “¿Por qué estás enojado?” La historia podría haber tomado otro rumbo, si Caín hubiera expresado su decepción y su dolor ante Dios y hubiera respondido con sinceridad a esta pregunta. En lugar de eso, persigue a Abel con su envidia. Le envidia lo que él mismo hubiera querido tener. Cegado por la ira, lo mata.

Y de nuevo Dios va tras él. “¿Dónde está tu hermano?” También ahora la verdad podría haber devuelto a Caín a la cercanía de Dios. Sin embargo, al igual que sus padres anteriormente, intenta ocultar su culpa: “No lo sé”. Además se rebela contra las preguntas de Dios: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” El hombre culpable no quiere rendir cuentas ante Dios y se rebela contra Él rechazando con descaro su legítima exigencia. Dios podría haberle contestado: Sí, efectivamente tienes una responsabilidad por tu hermano. Esto también corresponde a la exhortación: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv. 19:18; Mt. 22:39).

Yo también puedo dejar que Dios me pregunte: “¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está tu hermana?” Sin duda, cada persona es responsable de sí misma. Pero nadie es una “isla”. Nos hemos sido dados unos a otros como un regalo y una tarea: “¡Sobrellevad los unos las cargas de los otros!” (Gá. 6.2). Precisamente cuando hay ira en mi corazón y me siento tentado de vengarme de mi prójimo, necesito la advertencia de Dios para no pecar: Efesios 4:26.



Día 3

1. Reyes 19:1-10

“¿Qué haces aquí?”

Elías había vivido unos días dramáticos. Delante de todo el pueblo había desafiado a los sacerdotes idólatras y había provocado un juicio divino. El Dios vivo se había manifestado mediante fuego del cielo y, a continuación, había puesto fin a la sequía agonizante que duraba ya años y había enviado la lluvia. Pero la malvada reina Jezabel había jurado venganza y amenazó a Elías con asesinarlo. Desesperado, decepcionado y agotado, el profeta llega al monte Horeb. En la cueva está a salvo, pero también solo. Dios le habla y le da la oportunidad de contarle todo y desahogar su corazón. Puede expresar toda su amargura y desánimo, incluso varias veces.

“¿De dónde? ¿A dónde?”, Dios también le pregunta a la esclava Agar, que ha huido de las humillaciones de su señora al desierto. A ella también se le permite contar la historia primero (Gn. 16:1-14). Dios escucha a ambos. Al final, Dios envía a ambos de vuelta a sus difíciles situaciones y tareas, pero con nuevas perspectivas que les dan esperanza. Dios no reprende a Elías por su estado de ánimo ni a Agar por su huida.

“¿Qué haces aquí?” A veces, los días y los acontecimientos son tales que uno pierde la perspectiva y ya no sabe cómo seguir adelante. Se reacciona de forma precipitada y, al final, uno se encuentra en lugares - físicos o internos - en los que se siente desorientado. En estos casos es necesario que haya una aclaración de la ubicación. Quizás sea útil un tiempo de silencio y reflexión, en un lugar que, como el desierto, ofrezca pocas distracciones. Jesús es nuestro modelo en esto (Mr. 1:35).

Contarlo puede ayudar: ¿Cómo ha sucedido? ¿Y cuál es el siguiente paso ahora? Las personas de confianza pueden ser buenos oyentes. Y Dios siempre se interesa por nosotros. Él también me pregunta una y otra vez: “¿qué haces aquí?” (Lea Sal. 62:8; 142:3.)



Día 4

Isaías 6:8

“¿A quién enviaré?”

El pueblo de Dios se había apartado de Él. Ya no tomaban en serio a Dios y sus mandamientos y vivían más allá de su destino. Cuando el hombre – creado para ser la contraparte de Dios – se aleja de Dios, corre el mayor peligro. A menudo no lo reconoce. Sin embargo, Dios sostiene firmemente su pacto y envía mensajeros humanos para que adviertan, exhorten y animen a volver a una relación sana con Dios. Él podría también enviar ángeles o escribir sus palabras a las paredes (Dn. 5:5-30).

Sin embargo, en la mayoría de los casos llama a personas, como aquí a Isaías. La visión de la santidad de Dios (Is. 6:1-4) le hace consciente de su propia indignidad. La experiencia de purificación de culpa (v.6,7) ensancha su corazón y lo prepara para ponerse a disposición de Dios: “¡Heme aquí, envíame a mí!”

En todos los tiempos Dios ha llamado a las personas para que le sirvan. Noé debía construir un arca, Moisés debía liberar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. Pablo se convirtió en apóstol de los gentiles, y Juan debía escribir lo que Dios le revelaba. Nuestro seguimiento de Jesús también incluye usar nuestro tiempo, nuestra fuerza, nuestras capacidades e ideas para trabajar por las metas de Dios. Parte de sus objetivos son, que las personas conozcan el mensaje de la salvación en Jesús; que se acompañe a los cristianos en su camino con Jesús; que administremos esta tierra según la buena voluntad de Dios. Las tareas son múltiples. “La mies es mucha”, dijo Jesús. “Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc. 10:2).

Dios también pregunta hoy: “¿A quién enviaré?” Cuando escucho su llamado, puedo responder con confianza y obediencia, como Isaías: “¡Heme aquí, envíame a mí!” O puedo preguntar como Pablo: “¿Qué haré, Señor?” (Hch. 22:10).



Día 5

Isaías 40:18-31

“¿A qué, pues, me compararéis?”

¿Quién es Dios? ¿Cómo es su naturaleza? ¿Qué espera Él de nosotros? ¿Y qué podemos esperar de Él?

En primer lugar: Él es el Creador y Sustentador del mundo. Nos quería a los seres humanos como su imagen y semejanza y como su contraparte. Él se pone en contacto y establece una relación con nosotros. La Biblia habla de manera humanizada de sus ojos, oídos, manos ... ¿Qué más lógico que compararlo con los seres humanos, con reyes, pastores, con un padre (Sal. 93:1; 23:1; 103:13)?

Y, sin embargo, estas imágenes no están a la altura de lo que Él es. “Yo soy el que soy” (Éx. 3:14). Nuestras categorías no le hacen justicia. Debido a nuestra capacidad limitada de comprensión, Él se hizo hombre en Jesús. Y, sin embargo, Jesús no era solo un hombre como nosotros.

En nuestro texto, Dios presenta a su pueblo Israel su incomparable grandeza y poder. No lo hace para fanfarronear, como una persona lo podría hacer. Lo hace porque quiere mostrar a su pueblo lo absurdo de su idolatría y solicitar su regreso a Él. Lo hace para consolar a su pueblo y alentarlos a confiar en Él. Dios emplea su sabiduría y su poder en favor de sus hijos: “Él da esfuerzo al cansado, ...” (Is. 40:29).

Los que cuentan con Dios deben saber que no esperan en vano, que no han “edificado sobre arena” (Mt. 7:24-27). Dios es confiable. Él es fiel incluso cuando nosotros le somos infieles (2.Ti. 2:13). Él no olvida a sus hijos. Aunque todo tambalease, su relación con nosotros permanece inquebrantable (Is. 54:10). Todo lo que puede parecerse más seguro porque podemos verlo y tocarlo es, en cambio, efímero y vano. Solo en el Dios eterno e invisible estamos seguros para siempre.



Día 6

Génesis 18:14; Mateo 19:26

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil?”

Básicamente, esta es una pregunta retórica, similar a la de ayer en Isaías 40:25. Porque nuestro Dios es el Señor, Él es el “Dios de toda carne” (Jer. 32:27) y el Creador todopoderoso (Jer. 32:17), es imposible que algo sea difícil para Él (literalmente, demasiado maravilloso). Teóricamente lo sabemos y también lo confesamos.

Y, sin embargo, entendemos que la muy anciana Sara, mucho más allá del tiempo de su fertilidad, no podía tomar en serio la promesa de la maternidad. Algunos intentan explicar los milagros de Dios de los que nos habla la Biblia de una manera “natural”. Cuando esto resulta inconcebible, por ejemplo, en el caso del nacimiento virginal y la resurrección de entre los muertos, los textos se declaran leyendas o expresiones literarias de la fe. Pero, ¿en qué se basa nuestra fe? Pablo argumenta sobre la cuestión de la resurrección en la primera carta a los corintios (cap. 15:12-19) y llega a la conclusión: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron” (v.17,18).

En esencia, la fe cristiana no puede prescindir de los milagros, no sin que el Dios eterno y santo haga posible lo imposible y haga justos a los pecadores. Pero, ¿que pasa con nuestras vidas personales? El hecho de que Dios haga milagros con la humanidad en su historia de salvación es, por así decirlo, “necesario”. Pero, ¿puedo contar con su intervención sobrenatural en mis asuntos cotidianos? No tenemos derecho a esto.

Pero podemos acercarnos a nuestro Padre celestial con nuestros deseos y necesidades con toda confianza. Tanto el poder de Dios y su bondad, no tienen límites. “Deléitate en el Señor, él te concederá los deseos de tu corazón” (Sal. 37:4 trad.libre).



Día 7

Marcos 8:27-30

“Ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”(NVI)

¿Quién es Jesús? No fueron solo sus contemporáneos los que se hicieron esta pregunta. El carpintero judío de Nazaret, que como predicador itinerante predicó enseñanzas inauditas sobre Dios y su reino, realizó cosas que sobrepasaron las posibilidades humanas. Sanó a los enfermos, resucitó a los muertos y concedió el perdón de pecados (Mr. 2:5,10-12a; 3:10-12; Lc. 7:11-15). Esto provocó entusiasmo en algunos (Mr. 2:12b), y en otros indignación (Mr. 2:6,7). Su pretensión de ser el Salvador enviado por Dios (Lc. 4:16-21), más aún: ser el Hijo de Dios (Lc. 22:70), era y es tan enorme que divide a la gente. Finalmente, condujo a su ejecución (Mt. 26:63-66).

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, preguntó Jesús a sus discípulos. ¿Era necesario? Ya creían en Él y lo seguían. Pedro da la respuesta que hoy nos resulta familiar. En ese momento, significó una decisión trascendental. Se trata de algo más que una opinión. Con esta confesión, los discípulos asumen la obligación de dar testimonio de la verdad que han reconocido. Con esta confesión, el seguidor se compromete en “cuerpo y alma” con el Hijo de Dios y su misión de invitar a las personas a someterse al buen gobierno de Dios. Esta decisión existencial trajo el martirio a Pedro y a la mayoría de los demás del grupo de los doce. Y sentó las bases para el cristianismo mundial. Por eso esta confesión y esta fe son la “roca” sobre la que Jesús edificó su iglesia (Mt. 16:18).

¿Quién es Jesús para mí? ¿Hasta qué punto mi confesión de fe es abierta y pública? ¿Determina mi forma de pensar, querer, hablar y actuar? ¿O es solo una cuestión de “opinión” para mí? Cada testigo de Cristo puede contribuir a que el reino de Dios crezca y se extienda en este mundo, en mi corazón, delante de la puerta de mi casa y en el mundo entero (Hch. 1:8).



Día 8

Marcos 10:51

“¿Qué quieres que haga por ti?”

¡Qué pregunta tan extraña! Un mendigo ciego clama a Jesús: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” (v.48b) Y Jesús le pregunta: “¿qué quieres que haga por tí?” (NVI) Seguramente se imaginaba que Bartimeo quería poder ver. Jesús le pregunta al enfermo crónico en el estanque de Betesda: “¿Quieres ser sano?” (Jn. 5:6). ¡Qué pregunta! ¡Y qué Dios, que pregunta por la voluntad de sus criaturas! (Comp. 1.R. 3:5; Jn. 16:24.)

No, el Todopoderoso no es nuestro cumplidor de deseos. Jesús enseñó a sus discípulos a orar para que se cumpla la voluntad de Dios. Para Él mismo la voluntad del Padre era el centro de su vida (Jn. 4:34; 5:30). Conocer y cumplir la voluntad de Dios también es decisivo para nuestro seguimiento a Jesús (Mt. 7:21; 12:50; 1.Jn. 2:17). Y al mismo tiempo, el Señor no ignora la voluntad y los deseos de sus hijos humanos. Al contrario: “Le has concedido el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios” (Sal. 21:2; comp. Sal. 20:4,5; 1.Jn. 3:22).

Dios nunca nos quiso como marionetas sin alma ni voluntad, sino como auténticos interlocutores. Incluso cuando Él llama a las personas y estas se sienten abrumadas por su misión, respeta su respuesta (por ejemplo Jer. 1:4-9; 20:7a). Leemos en los Evangelios cómo las personas siguieron la poderosa llamada de Jesús y lo dejaron todo. Pero también leemos de un hombre rico, que decidió no ir con Jesús (Mt. 19:16-22).

Dios quiere nuestra libre obediencia. Él no nos exime de la responsabilidad por nuestra vida. Aunque nos conceda muchas cosas que ni siquiera hemos pedido, podemos creer, que Él también nos preguntará: “¿Qué quieres que haga por tí?”; “¿Qué te dará?”; “¿Quieres ser sano?”; “¿Puedo entrar?” (según Ap. 3:20)



Día 9

Juan 6:67

“¿Queréis acaso iros también vosotros?”

Durante un tiempo Jesús tenía muchos seguidores entusiastas. Depositaron grandes esperanzas en Él después de que alimentara a miles de personas. Sus palabras y sus milagros indicaban a que era el Mesías prometido. Pero luego dijo cosas que sus admiradores no podían entender. Él habló de su carne y sangre que debían comer y beber. Esto no sonaba como un triunfo sobre los ocupantes romanos (Jn. 6:48-65).

“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v.66). El que muchos se apartaran debe haber dolido a Jesús. El alejamiento de los “doce”, que le había “dado” el Padre (Jn. 17:9), lo habría afectado aún más profundamente. Y, sin embargo, les pregunta. Ellos tenían la libertad de marcharse, al igual que el hijo de la parábola tenía la libertad de abandonar a su padre. (Lea Lc. 15:11-13.)

El amor no quiere obligar. Y el amor recíproco no se puede forzar. El padre en la parábola no podía hacer otra cosa que esperar y abrir los brazos al que regresaba a casa. Jesús no pide que se queden con Él. Plantea una pregunta: “queréis vosotros también ...?” La respuesta que da Pedro, como portavoz del grupo es más que un “¡De acuerdo!” Los discípulos del círculo más cercano a Jesús seguirán siguiéndole porque creen en Él. Su fe reconoce quién es Jesús y lo que tienen en Él: Él les da vida eterna. Ellos tampoco entienden muchas cosas todavía. También ellos abandonarán a Jesús en la hora del peligro (Mt. 26:56). Pero la fidelidad de Dios los mantendrá en la fe, y darán testimonio de ella hasta los confines de la tierra.

Puedo preguntarme: ¿Por qué me he quedado con Jesús hasta el día de hoy?
¿Por qué quiero seguir con Él?



Día 10

Marcos 4:35-41

“¿Todavía no tienen fe?”

Esta pregunta suena como un reproche, o al menos como una advertencia. Jesús sufrió por la incredulidad de su pueblo (Mt. 17:17). No creían en su misión divina (Lc. 4:24-29). También sufrió por la falta de fe de aquellos que lo reconocían como el Mesías, pero subestimaron su poder y no contaron con su ayuda. Una y otra vez cotejó su fe: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Jn. 11:40). “¿No temas, cree solamente!” (Mr. 5:36; comp. Mt. 17:20; Mr. 9:23; 11:22).

“Sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). El Dios invisible quiere ser aceptado por nosotros en la fe por lo que es: digno de confianza, fiel, clemente, misericordioso, justo y todopoderoso. En el centro de nuestra relación con Dios no están los sacrificios, ni los rituales o ciertos conocimientos, sino la fe. Esta se expresa en confianza, obediencia y amor.

¿Qué fortalece nuestra fe? Sobre todo la Palabra de Dios: sus promesas y los testimonios de sus obras. También nuestras propias experiencias y el aliento de nuestros hermanos en la fe alimentan nuestra fe. Los discípulos habían tenido grandiosas y maravillosas experiencias con Jesús, apenas unas horas antes (comp. Mt. 8:1-17). Ellos podrían y deberían haber creído. Pero la duda es humana. Los sentimientos de miedo siempre estarán ahí. El desafío es confiar y creer a pesar de tener miedo. (Lea Sal. 138:7,8.) De hecho, la pregunta de Jesús puede leerse y entenderse como una pregunta muy pastoral: “¿Aún no tenéis fe?”

Los discípulos podrían haber contestado: Nuestra fe es débil. “Creo, ¡ayuda mi incredulidad!” (Mr. 9:24), o, como dicen en otro pasaje: “¿Fortalece nuestra fe!” (Lc. 17:5). Esto también lo podemos pedir una y otra vez.



Día 11

Juan 21:17

“¿Me amas?”

Por miedo, Pedro negó a su Señor. Poco antes le había prometido fidelidad hasta la muerte, y luego falló, cuando importaba acompañarlo. Jesús no se sorprendió por esto. Él sabía que eso sucedería (Mr. 14:27-31). Él no estaba ni decepcionado ni amargado. ¿Por qué, entonces, le pregunta a Pedro acerca de su amor, incluso tres veces?

Se podría pensar que quería darle a Pedro la oportunidad de admitir indirectamente su culpa y reafirmar nuevamente su lealtad a Jesús, quizás con el objetivo de asegurarse de que tal negación no volvería a ocurrir en el futuro. Se podría suponer que la triple repetición de la pregunta tenía como objetivo hacer consciente a Pedro de lo débil que era su amor y cuán frágiles eran sus promesas. ¿Quería Jesús entristecer a su discípulo Pedro? ¿Quería humillarlo?

¿O podría ser también que las preguntas de Jesús no tuvieran un propósito “educativo” para Pedro? Es posible que Jesús preguntara por su propio bien; que esto exprese su gran anhelo de ser amado por su discípulo. “¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas!” (Mr. 12:30).

Jesús, el amor en persona (Jn. 13:1), no solo quiere ser reconocido y creído por los suyos, sino también ser amado. ¡Qué honor y dignidad nos confiere esto! “Amémosle, porque él nos amó primero” (1.Jn. 4:19 trad.libre). Nuestro amor no es como el suyo, no es constante, a menudo falla. Y, sin embargo, es precioso para Jesús, y Él lo pide. Mi respuesta a esto puede ser como la de Pedro: “Señor, tú lo sabes ...” Puede ser como en una antigua canción: “Quiero amarte, mi fuerza, quiero amarte, mi adorno; ...” (J. Scheffler - 1624-1677).


